

Antonio López Oliver

Con una ejemplar trayectoria profesional –más de treinta y cinco años de entrega a la actividad pictórica-, Antonio López Oliver tiene su sitio propio entre los más destacados acuarelistas mexicanos.

Aunque es en España donde encuentra y se confirma su vocación a la pintura, y es ahí donde el artista elige como medio expresivo la acuarela y obtiene por parte de la crítica la primera ponderación de la calidad de su obra, es en México –su patria- y en Monterrey –su ciudad adoptiva- donde alcanza su madurez y el total dominio del oficio, esa sabiduría indispensable para que la imagen intuitiva y el sentimiento de donde ésta emerge lleguen a realizarse en la obra de arte. Es en Monterrey asimismo donde logra el pleno reconocimiento de su maestría, que no tarda en trascender a la ciudad de México, a la mayor parte de nuestro país, a Japón y a los Estados Unidos de Norteamérica.

Desde sus más tempranas declaraciones, Antonio López Oliver señala su credo artístico y estético, fundamentales convicciones a las que ha sido absolutamente fiel, constituyéndolas en principios rectores de su actividad artística.

Afirma, en efecto, que si es verdad que el oficio no es todo, también lo es que sin él no hay arte posible. La academia lo puede dar, pero con gran riesgo de que se obstruya y se pierda lo esencial. Lo que condiciona la riqueza de imaginación, el afinamiento de la sensibilidad y la perfección en la ejecución es la búsqueda infatigable, el ejercicio constante, el intercambio de experiencias y el enriquecimiento cultural.

Tampoco puede haber arte verdadero si no hay sinceridad. Esta virtud impide el engaño y las concesiones que desvían el arte de su única finalidad: la perfección de la obra mediante el cumplimiento de lo que tal perfección exige.

Por otra parte, el artista debe aspirar a una superación continua, a través de la investigación y la exploración de todas las posibilidades expresivas de los medios materiales y formales que maneja. Junto a la visión intuitiva que resplandece en la obra, se da también el planteamiento y la resolución de todos los problemas de la expresión plástica.

La primera exposición de Antonio López Oliver data del año de 1949. Esta y las exposiciones subsiguientes sorprenden a los críticos españoles que ya destacaban en aquellas obras la seguridad del dibujo, la limpieza de la ejecución, la transparencia y la armonía del color, el equilibrio de la composición y su lirismo esencial. Entre tales críticos sobresale uno que logra una feliz condensación cualitativa al llamar a la obra de López Oliver un “canto a la luz”.

Me parece que nada podría definir mejor ni más justamente la obra entera del artista: “canto a la luz”, poesía de los amaneceres, de las plenitudes cenitales, de los crepúsculos, lo mismo en el campo, en el mar, en las ciudades o en los pueblos; poesía de la luz en la representación pictórica de las personas y las cosas; poesía de la luz en el más humilde de los objetos: una ventana desvencijada, un portón en ruinas o un carcomido muro.

Fácilmente se entiende la preferencia de Antonio López Oliver por la acuarela. Las posibilidades de esta técnica –vivacidad, rapidez, ligereza de toque, juego de transparencias, delicadeza del matiz, valores atmosféricos y lumínicos, armonía tonal- le han permitido expresar su sentimiento lírico ante la naturaleza, su comunión con el paisaje, las personas y las cosas, equilibrando la libertad poética con los datos objetivos de la realidad.

En la última fase de su trayectoria artística pueden ser observados dos fenómenos en estricto paralelismo: un creciente interés por las cosas en trance de desaparecer, que se resuelve en un canto elegíaco a un mundo más bello y más digno para el artista –viejas locomotoras y añosas estaciones ferroviarias, Real de Catorce, estampas del Monterrey antiguo, puertas y ventanas del viejo San Luis-, y un proceso de despojamiento en sus obras de todo elemento accidental o meramente decorativo. Ambos fenómenos hacen más evidente aún la magia y la esencialidad de la luz: la luz modelando las formas arquitectónicas, enriqueciendo sus valores cromáticos y sus ritmos visuales; la luz y el color absorbiéndose en las piedras, en los árboles, en las montañas, en los rostros: la luz cantando en los maderos podridos o en las manchas y las desconchaduras de los muros.

Frente a obras como las de López Oliver surge espontáneo el pensamiento que, más allá de la eficacia estética de la obra, nos lleva a las virtudes que se conjuntan en el auténtico artista: la disponibilidad, la humildad y la fidelidad. Disponibilidad que hace posible el otorgamiento del don; humildad que implica en sí misma el reconocimiento y la gratitud por el don recibido; fidelidad que se traduce en el esfuerzo y la tenacidad para dominar los medios que lo hacen fructificar y en la generosidad que convierte aquel don en un bien participable.

Alfonso Rubio y Rubio